





YESHUA, UN MUCHACHO  
DE NAZARET



Manuel A. Sanabria

YESHUA, UN MUCHACHO  
DE NAZARET



Primera edición: marzo de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Ángel Sanabria

ISBN: 978-84-17784-50-8

ISBN digital: 978-84-17784-51-5

Depósito legal: M-7212-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Antonio Hernández, artesano de la voz  
y de la palabra que, un día y primero,  
nos habló con su silencio y después con su ausencia.  
Adiós, amigo.*



## O REINO

*No tempo aquí  
cando os animais falaban,  
decir libértá non era triste,  
decir verdá era coma un río,  
decir amor,  
decir amigo,  
era igual que nomear a primavera.  
Ninguén sabía dos aldraxes.  
Cando os animais falaban  
os homes cantaban nos solpores  
pombas de luz e xilgaros de soños.  
Decir teu e meu non se entendía,  
decir espada estaba prohibido,  
decir prisión samente era unha verba  
sin senso, un aire que mancaba  
o corazón da xente.  
¿Cando,  
cando se perden,  
iste gran Reino?*

## EL REINO

Por aquel tiempo  
Cuando los animales hablaban,  
Decir libertad no era triste,  
Decir verdad era como un río,  
Decir amor,  
Decir amigo,  
Era igual que nombrar la primavera.  
Nadie sabía de calumnias.  
Cuando los animales hablaban  
Los hombres cantaban a la puesta de sol  
Palomas de luz y jilgueros de sueños.  
Decir tuyo o mío no se entendía,  
Decir espada estaba prohibido,  
Decir prisión era solo una palabra  
Sin sentido, un aire que menguaba  
El corazón de la gente.  
¿Cuándo,  
Cuando se perdió,  
Este gran reino?

CELSE EMILIO FERREIRO  
*Longa noite de pedra*  
Editorial Galaxia, 1962



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
EL REINO DE HERODES.....	19
LA CIUDAD QUE MIRA AL CIELO.....	27
LA ACADEMIA DE KIDINNU.....	39
RIVALIDAD ENTRE ACADEMIAS.....	49
UNA NUEVA ESTRELLA.....	61
EL VIAJE DE LOS MAGOS.....	75
LA LLEGADA A JERUSALÉN.....	85
HERODES Y LOS MAGOS.....	91
EL OCASO DEL REY.....	101
UN REINO SIN REY.....	113
LA MONEDA DE DOS CARAS.....	129
LA NOCHE DE AUTOS.....	143
LA RESPUESTA JUDÍA.....	151
EL MENSAJE DE ATRONGES.....	159
IRENÓPOLIS, CIUDAD DE PAZ.....	171
UNA ALDEA DE GALILEA.....	183
EL CANTERO, EL CARPINTERO Y EL LABRADOR....	191
EL FIN DEL VERANO EN LA ALDEA.....	207
EL VIAJE DE LA PASCUA.....	213
LLEGADA A LA CAPITAL.....	227
UNA VISITA QUE TE HACE ADULTO.....	231
EL INCIDENTE DEL TEMPLO.....	245
LA CASA DE ASER.....	255
LOS TRABAJOS EN SÉFORIS.....	265

UN DÍA DE TEATRO.....	271
EL DURO INVIERNO DE AQUEL AÑO .....	279
LA FAMILIA DE BETANIA.....	287
CENA DE ÁCIMOS EN BETANIA .....	299
LA CASA NUEVA.....	307
LA HIGUERA DEL PATIO .....	321
EL HOMBRE DEL JORDÁN.....	329
LA BODA DE NATANAEL.....	339
EL BELÉN DEL ABUELO .....	351
CUADROS Y MAPAS.....	363
GLOSARIO DE TÉRMINOS .....	373
AGRADECIMIENTOS.....	377

## INTRODUCCIÓN

Dicen los expertos que en la infancia y la adolescencia se consolidan la mayor parte de los rasgos y características que van a configurar la personalidad de un individuo. Además, ese desarrollo está claramente determinado por el contexto social en que vivimos. Mucho de lo que somos procede de nuestras experiencias y relaciones con el entorno que, a su vez, moldea y da color a nuestra personalidad. De alguna manera, la huella vital que uno deja tras de sí es también una estela de lo que ha asimilado, vivido y contemplado de su contexto.

A la hora de acercarnos a un personaje del pasado, podemos husmear en la trayectoria que nos ha llegado de él y preguntarnos cómo debió de ser el contexto en el que se desarrolló. Es decir, por qué fue de esa manera, qué situaciones y qué experiencias contribuyeron a colorear su personalidad para que dejara la estela que dejó. Podemos desconocer la mayoría de los hechos y experiencias de su vida, de hecho suele ser así. Pero también resulta interesante recrear el proceso a la inversa, es decir, aventurarnos a imaginar situaciones, vivencias y experiencias que pudieron influir en su manera de ser y de mostrarse. Nos hemos aventurado a recrear el ambiente social de Galilea, la tierra de nuestro protagonista, en las primeras décadas del siglo I y para ello hemos recurrido a fuentes históricas de la época, a pistas que sugieren los Evangelios y a lo que la arqueología nos aporta.

Yeshua fue un vecino de Nazaret que nació y vivió en una tierra con un profundo sentimiento de libertad y de autonomía. En un

momento en que esa región dependía de una potencia extranjera, Roma, y en una sociedad marcada por un arraigado y particular sentimiento religioso. Todo ello contribuyó a que sus gentes se identificaran como un pueblo único, forjando una identidad de fuertes contrastes, lo que a su vez les alejaba de cualquier intento de integración con la potencia dominadora y, a la vez, alentaba un ambiente social muy tensionado entre las dos visiones: la del imperio dominador y la del pueblo dominado.

Yeshua se crió en Nazaret, no en vano lleva el nombre de esa aldea a modo de apellido. Desde luego, su aldea ha prosperado mucho desde entonces, pero si nos preguntamos por la relevancia de Nazaret a principios del siglo I, probablemente nos defraudaría. La verdad es que Nazaret carecía totalmente de importancia, ni siquiera se cita en los textos de la época. Era una aldea insignificante, ignorada y, por supuesto, desconocida para el gran público del país. No es de extrañar que la gente se preguntara «si de Nazaret puede salir algo bueno» (Juan, 1,46).

En la simbiosis o relación de esta aldea con su ilustre hijo hay algo que no acaba de encajar. La compostura que luce ese hombre, su manera de hablar y de comunicar demuestra a las claras que ese paisano nazareno debía tener a sus espaldas una preparación y una formación que no le podía proporcionar su aldea natal. Es más, muchos de sus contemporáneos, sabedores de la irrelevancia de Nazaret, optaron porque su ilustre vecino fuera conocido más bien como «el galileo» (Mateo, 26, 79).

Así de insignificante debía de ser su pueblo de origen y así también lo corrobora la arqueología moderna. Las excavaciones llevadas a cabo en Nazaret dan cuenta de que se trataba de un asentamiento pequeño y rudimentario. Han aparecido sencillas tumbas judías, pero nada de enterramientos de cierto nivel y de alguna importancia. Se hallaron algunas cisternas para el agua, prensas en la roca para las uvas, restos de tinajas y fragmentos de piedra de rústicos molinos caseros. Todo ello dibuja una estampa de Nazaret típicamente campesina, con una actividad al borde de la subsis-

tencia. No hay un solo indicio de que algo más relevante pudiera haber prosperado en esa localidad galilea por entonces.

Todo indica que el Nazaret del siglo primero fue una aldea dedicada por entero a la agricultura, con una pequeña cabaña ganadera complementaria. Siendo así, necesariamente tenía que depender de otras villas de más categoría para abastecerse y comerciar. En ese contexto, es muy probable que tuviera una gran dependencia de Séforis. Esta población tenía la categoría de urbe y había alcanzado un nivel de desarrollo y romanización muy alto, ya que los mismos romanos le infundieron un fuerte impulso al convertirla en cabecera de comarca y capital del distrito de Galilea. Además, estaba cerca de Nazaret, a tan solo 6 kilómetros. Sabemos también que, tras la muerte de Herodes *el Grande*, en la ciudad de Séforis hubo protestas y alborotos. Posteriormente, Herodes Antipas, sucesor e hijo de aquel, mejoró y agrandó la ciudad. Reparó los desperfectos, levantó un palacete, prolongó sus murallas y estableció nuevos servicios en la urbe. Probablemente, Séforis debió de desempeñar un papel muy importante para las aldeas de su contorno y para sus gentes.

Por supuesto que en esta recreación novelada, todo han sido conjeturas, pero hay dos aspectos que apoyarían esas conjeturas. Una de ellas tendría que ver con la actividad laboral de la familia de Yeshua. No hay una sola pista, indicio o tradición de que la familia se dedicara a la actividad agrícola, pero sí al trabajo manual de la madera, una especie de carpintero ebanista. Ahora bien, en la huella vital que tenemos del personaje nos topamos con algo chocante. Es evidente que da muestras de excelentes conocimientos de carácter agrícola cuando habla a las gentes, domina la información y la sabe emplear de manera magistral en sus explicaciones. Sin embargo, no hay ni una sola referencia de que se dedicara a esa actividad campesina. En cambio, sí la hay en lo referente al trabajo manual con madera. Por otra parte, es más que probable que una aldea de la talla de Nazaret no pudiera dar trabajo de manera permanente a una familia de artesanos volcada por entero en tal oficio,

más cuando cabe sospechar que muchos campesinos arreglarían sus aperos y harían sus chapuzas, como también ocurre hoy. Pero, desde luego, había que trabajar para subsistir como fuera y donde fuera, esto era tan necesario entonces como ahora. Séforis, por la cercanía a Nazaret, resultaría un buen reclamo para trabajar allí con tal oficio.

Queda una segunda cuestión. ¿Cómo es posible que de Nazaret saliera un hombre tan elocuente y formado? El atrevimiento que muestra ese nazareno, el desparpajo que despliega ante algunos de sus detractores, su capacidad para tratar con personajes de cierta categoría social, su mentalidad cosmopolita y conciliadora, su osadía y aplomo para enfrentarse a situaciones difíciles, su intuición y sus reflejos para salir airoso de las triquiñuelas que le preparaban sus adversarios... Todo ello hace poco creíble que este nazareno pasara toda su juventud en los límites de una pequeña aldea exclusivamente agrícola. Su ilustre hijo sabe tratar y torear con gente bien preparada, esto no era fácil de aprender entre los campos y viñas del Nazaret de entonces.

De todos modos, a ese muchacho le tocó vivir una época convulsa, de descontento generalizado y de tensión entre el campesinado y la aristocracia, que viene a ser el paralelismo entre el pueblo llano y la clase privilegiada favorecida por el invasor romano. En la trayectoria vital que nos ha llegado de él se percibe, sin duda, esta tensión. Con el paso de los años, parece que las cosas se fueron calentando más y ese aumento paulatino de la tensión le tocaría sufrirlo en su propia piel. No es de extrañar que unos años después de la muerte del joven nazareno estallara la gran revuelta judía contra Roma (66-70 d. C.). Una guerra que destrozó la propia nación y dejó malherida la identidad de este pueblo durante siglos. Pero eso ya formaría parte de otra historia.

Finalmente, una última cuestión en cuanto a la cronología y edad de los personajes que aparecen en la presente obra. Hay que decir que el nacimiento del Jesús histórico no aconteció en el año cero. La fecha más probable de su nacimiento es entorno al año

5 antes de Cristo (5 a. C.). Resulta algo paradójico, pero así es. Cuando en siglo VII se produjo el cambio de la era Romana a la era Cristiana, Dionisio *el Exiguo*, encargado de los cálculos, fijó el nacimiento de Jesús en el año 753 de la era Romana y ahí ancló el año cero para la nueva era. Pero erró en sus cálculos en unos cinco años y sabemos por qué se equivocó. El encaje de las fechas y años de los protagonistas de la novela está calculado teniendo en cuenta esta consideración.



## EL REINO DE HERODES

Judea, siglo I a. C.

Cuando Herodes era un muchacho, las cosas no iban nada bien en el reino de los judíos. Los problemas sucesorios en la dinastía reinante alentaban un panorama de desencuentros, con un escenario de lucha fratricida por la sucesión entre dos hermanos de la dinastía asmonea aspirantes al trono, los príncipes Hircano y Aristóbulo. No era el mejor momento para disputarse el trono entre hermanos, pues el reino se encontraba amenazado por potencias extranjeras deseosas de tener un argumento para poner una pica allí. Por un lado, los partos acechando por el este; por el otro, los romanos presionando desde el norte, con la intención de dominar las riberas del Mediterráneo y hacer que sus aguas se convirtieran en el Mare Nostrum. El padre de Herodes, Antípatro, era consejero y hombre de confianza del príncipe Hircano, además de jefe militar de su tropa. Como consejero, para hacer valer los intereses de su protegido y desequilibrar la balanza a favor de Hircano, negoció astutamente con los romanos y consiguió su apoyo. Con este as bajo la manga, Aristóbulo, el otro pretendiente al trono, no tuvo más remedio que retroceder como aspirante. Así es como Hircano se convirtió en el dueño del país y en rey de los judíos. El joven Herodes aprendió que el poder es muy delicado y a veces pende de un hilo que hay que manejar con delicadeza y astucia. Tenía muy claro que el poder era una cuestión de estrategias, de intereses y de

pactos que se debían manejar de manera magistral si quería llegar a ser alguien algún día. Lo había aprendido muy pronto, y no tardaría en ponerlo en práctica.

Herodes entró en la escena sucesoria a partir del año 43 a. C., tras el envenenamiento de su padre por un sicario de la facción rival, la de Aristóbulo. Sin su padre, Herodes se mantuvo muy cerca del rey Hircano, asumiendo funciones de consejero como antes lo había hecho su progenitor. Tres años después, Judea se vio invadida repentinamente por soldados partos. Los partidarios del deposedo Aristóbulo enseguida vieron una oportunidad para hacer valer su causa y se aliaron con los partos, facilitándoles ayuda y colaboración. Tras los éxitos iniciales con esta alianza, lo primero que hicieron fue deponer y mutilar al rey Hircano, pues la mutilación le impedía ejercer de sumo sacerdote en el templo y, en esta época, la corona y la jefatura sacerdotal recaían en la misma figura. Incapacitado y depuesto, instalaron en el trono a otro asmoneo de su cuerda y simpatía, Antígono, como rey y sumo sacerdote.

A continuación, maniobraron para ir a por Herodes, y casi lo consiguieron. Conocedor del peligro que corría, de noche y como pudo, Herodes salió de Jerusalén con su familia, protegido por un puñado de leales. Su objetivo era conseguir ayuda romana, para lo que se encaminó hacia el sur con la intención de dejar a los suyos en la inexpugnable fortaleza de Masada. El plan era llegar a Roma tras embarcar en el puerto de Alejandría.

Era noche cerrada. Sus enemigos se percataron de la maniobra de huida y le pisaban los talones. Entre el nerviosismo y las prisas, el carro en el que viajaba su madre volcó y, en lugar de escapar, se preparó para interceptar a sus perseguidores. A 12 kilómetros de Jerusalén, se entabló una lucha desesperada en la que Herodes dio muestras de gran estratega. A pesar de que les superaban en número, Herodes desplegó a sus leales con una táctica que confundió a sus perseguidores, desconcertándolos y poniéndolos en jaque; de manera que la refriega se resolvió a su favor. Recuperado y con la luz del día, pudo continuar el viaje. El suceso se convirtió en un

acontecimiento memorable para él y allí comenzó a ver más claro su destino. Aquella refriega le marcaría de por vida; tanto fue así que, en el lugar donde aconteció la lucha levantaría años más tarde la fortaleza del Herodión y allí quiso ser enterrado también. ¡Qué pensamientos lo acecharían y qué promesas debió de hacer a los dioses aquella noche y en aquel lugar en que su destino pendía de un hilo! Todo estuvo a punto de esfumarse, sin embargo, no fue así y a partir de ese hecho comenzó a forjarse la figura de un nuevo rey.

Dada la situación en Judea, Herodes llegó a la conclusión de que la ayuda que necesitaba solamente se la podía facilitar Roma, a la vez que debía convencer a las autoridades romanas de que él era la pieza que mejor encajaba en aquel escenario. Desde Alejandría, cruzó el Mediterráneo y se presentó en la capital imperial con ese plan. En Roma y ante el Senado desplegó toda su diplomacia y elocuencia. Les mostró con clarividencia las cartas que se estaban jugando en aquella remota región que pretendía administrar y en la que Roma tenía puesto sus ojos. Sopesó todas las probabilidades de alianzas y contra alianzas e hizo ver a los senadores romanos que solamente él podía restaurar un gobierno prorromano en Judea. Convenció y obtuvo el éxito que anhelaba. Salió del Senado con la promesa de ser nombrado rey y, para disipar dudas, abandonó el edificio arropado por Marco Antonio y Octavio, los hombres fuertes del momento.

Pero el plan de Herodes no había hecho más que empezar: ahora era un rey sin reino, tenía que recuperar el territorio si quería gobernarlo, pero con el apoyo romano todo parecía encarrilarse a su favor. Regresó con el propósito de emplearse a fondo en los años siguientes para hacer realidad su reino. Reclutó hombres, la mayoría extranjeros con experiencia, y formó un ejército, pequeño pero muy preparado y fiel. Después movió ficha, lo hizo con el apoyo de legionarios romanos venidos de la provincia de Siria. Juntos expulsaron a los partos de las tierras en las que se asentaría su reino. Por fin, en el año 37 a. C., los que resistían en la capital,

Jerusalén, se rindieron. Herodes se convirtió en rey del país. Ya había reino y rey.

Sin embargo, tenía que legitimarse como tal ante los suyos, ya que, de hecho, había sido una usurpación y había que solventarla de la mejor manera de cara al pueblo. Para empezar, no poseía ascendencia real y por sus venas ni siquiera corría sangre judía. Su madre era de una facción árabe y su padre edomita, una etnia del sur de Judea asimilada antaño por el judaísmo. Eso sí, su familia se había preocupado de darle una buena educación hebrea.

La primera decisión que tomó en pro de la legitimidad fue buscar un matrimonio con una princesa de sangre real. Pero había un problema, estaba casado, así que debía divorciarse de su esposa Doris. Y eso hizo, para posteriormente casarse con una princesa asmonea de la estirpe real judía, concretamente con Mariamne, nieta del rey Hircano. No tardó, sin embargo, en darse cuenta de que ese matrimonio con una princesa judía no bastaba para ser totalmente aceptado por sus súbditos judíos. Había sectores del pueblo que seguían hablando de usurpación y muchos auguraban que su reinado sería como un paréntesis, algo transitorio que debía arreglarse con una restauración legítima y conforme a la ley. Sus detractores no dejaban pasar la menor ocasión para recordárselo en cualquier acto público mezclados entre el gentío, lo que enojaba al monarca. Este asunto se convirtió para él en una profunda preocupación y, en adelante, su reinado estaría marcado por esta obsesión, de manera que sus decisiones triangularían en tres frentes: legitimarse, protegerse y ganarse a sus súbditos.

Se dio cuenta de que su matrimonio con Mariamne no le aportaba la deseada aceptación que buscaba, pues todo el mundo seguía añorando una restauración asmonea. La gente se lo hizo saber en un acto público, aclamando en su presencia al joven Aristóbulo, hermano menor de su esposa Mariamne, que ostentaba la jefatura sacerdotal a pesar de su juventud. Sin dudar, decidió apartarlo de su camino y evitar interferencias. Herodes sabía que ese joven tenía algunas posibilidades, ya que sacerdocio y realeza iban uni-

dos; quizás el pueblo pudiera poner los ojos en aquel joven como alternativa al trono que él ostentaba ahora. A las pocas semanas apareció ahogado en la piscina de su palacete de Jericó mientras se divertía rodeado de supuestos amigos. Sin Aristóbulo, su corona estaba algo más segura.

Desde este momento tuvo muy claro que su futuro como rey de los judíos no se sustentaría nunca en la legitimidad de su persona, sino que más bien debía ser en su fortaleza y en el beneplácito de los romanos, las dos alternativas que debía potenciar de ahora en adelante. Y se puso manos a la obra. Reforzó aún más su ejército, incorporó nuevos mercenarios y los dotó del mejor material. Así consolidó un grupo muy selecto, bien entrenado y, sobre todo, mejor pagado, lo que le aseguró su fidelidad, una fidelidad que necesitaría muy pronto. De esta manera tendría a mano una milicia dispuesta a cumplir cualquier orden, por descabellada que fuera.

Hacia los romanos, el otro frente, Herodes siempre dio muestras de admiración y lealtad. Primero hacia Marco Antonio, pues él tenía asignado el gobierno de la parte oriental del imperio y a él le correspondía el territorio de su reino. Pero en el año 31 a. C. la situación romana sufrió un vuelco que Herodes no imaginaba. Marco Antonio y Octavio Augusto se enfrentan por el dominio absoluto del imperio; la lucha se resuelve con la victoria de Octavio en la batalla de Actium, frente a las costas griegas, y este será el único César. Marco Antonio huye a Egipto en compañía de Cleopatra, su aliada y amante, donde se suicidaría más tarde.

Herodes sospecha que el apoyo y la lealtad a Marco Antonio ahora pueden pasarle factura y volverse en su contra. Toma una decisión arriesgada y a la vez desconcertante: viajar a la isla de Rodas para entrevistarse con Octavio, el nuevo emperador. En contra de lo que hubieran hecho otros, Herodes ni solicitó compasión ni imploró perdón delante de Octavio; simplemente le manifestó la admiración y lealtad que había tenido hacia Marco Antonio, para añadir sin tapujos que, de igual manera y de ahora en adelante, se la iba a tributar a él. Debió de hacerlo de manera tan persuasiva y

convinciente que Octavio quedó impresionado de su arrojo y franqueza. Embarcó desde la isla hacia Judea confirmado como rey por el nuevo mandatario romano.

Ahora sí, aminorada la preocupación que puso en riesgo su corona, podría dedicarse a conseguir la admiración de su pueblo y a potenciar una buena imagen hacia sus súbditos. Pronto se convirtió en arquetipo de gobernante hábil e ingenioso, conciliando astutamente las demandas de su pueblo y las de sus mentores romanos. En medio de estas dos aguas prosperó, sacando a flote su propio reino. Al final, logró hacerse merecedor del sobrenombre con que es conocido en la historia: Herodes *el Grande*, que emprendió una serie de obras en las que estuvo directamente implicado, buscando los mejores arquitectos y supervisando los planes de ejecución él mismo. Así es como levantó ciudades, construyó puertos, acueductos, fortalezas y palacios a lo largo y ancho de sus dominios, transformando el paisaje arquitectónico de su reino. Fundó en el litoral mediterráneo la fabulosa ciudad de Cesarea. Convirtió un baluarte sobre unos acantilados en un magnífico palacio cerca del mar Muerto: Masada. Levantó artificialmente una montaña coronándola con una imponente fortaleza, a la que bautizó con su nombre: el Herodión. Reconstruyó en su totalidad el templo de Jerusalén, además de acueductos, palacios, teatros, templos... El Herodes constructor fue un genio muy prolífico, capaz de vislumbrar proyectos desafiantes y desplegar todos los medios necesarios para hacerlos viables. Así funcionaba la mente de Herodes. Un volcán de ideas que, sin duda, debía sorprender a sus colaboradores más cercanos.

Curiosamente, a pesar de sus palacios y fortalezas, se sentía inseguro y vulnerable; tanto es así que llegó a obsesionarse. La familia nunca fue el refugio de paz y sosiego que todo mandatario necesita y desea. Desconfiado y temeroso de su entorno íntimo, canalizaba esa obsesión hacia fantásticos refugios en los que volcaba todo su ingenio. Preocupado por asentar su corona, receloso de sus seres queridos y mermado por sus dolencias, su carácter se fue

haciendo más inestable. Muchas de sus decisiones fueron implacables y con cierto aire de locura. Sin duda tenía claro que el ámbito familiar debía estar subyugado a los intereses de la corona y, probablemente, eso fuera motivo de roces y disputas familiares muy duras y frecuentes. Debía de sentirse bastante solo, ya que la vida hogareña no le aportaba la satisfacción que cabría esperar. Así debió de ser, al menos si tenemos en cuenta algunas de las decisiones que afectaron al ámbito familiar. En el año 29 a. C. hizo ejecutar a su esposa Mariamne. A pesar de suplicarle clemencia y defender su inocencia, Herodes no mostró el más mínimo resquicio de compasión. Pero lo más sorprendente es que estaba enamorado de ella y, tras su ejecución, en algunas ocasiones la llamaba a gritos durante la noche. Desprenderse de su esposa lo sumió en una profunda melancolía que le llevó tiempo superar. Sin duda fue una decisión racional y política, que no sentimental. Ciertamente que era el rey y no había reproches hacia él, pero también era hombre, esposo y padre de dos hijos con aquella mujer. No es de extrañar que, a medida que pasaba el tiempo y se fue haciendo mayor, desconfiara más y más de los suyos.

Al final, esa desconfianza llenaba todas las estancias palaciegas, le hacía ver conspiraciones en todos los frentes, dentro y fuera de su propio entorno, y le llevó a ejecutar a tres de sus propios hijos. Cuando los legados imperiales informaron al César de lo que se cocía en la corte de esa zona oriental del imperio, Augusto exclamó: «¡Prefiero ser un cerdo de Herodes antes que uno de sus hijos!».



## LA CIUDAD QUE MIRA AL CIELO

Babilonia, año 10 a. C.

Nada queda ya de aquella época en la que Babilonia, capital del Imperio, era la urbe más grandiosa del mundo. Los persas habían caído sobre ella arruinando su opulencia y sometiendo el territorio que antes administraba celosamente. El presente no es siquiera un espejismo del pasado, en nada se parece a la urbe de antaño. Por entonces, Nabucodonosor había conseguido encumbrarla como una de las maravillas del mundo, resplandecía con sus palacios de vivos colores, con sus templos a un lado y otro del gran río y, sobre todo, con su zigurat, que sobresalía como la corona de un ciclópeo rey desde cualquier barrio. Pero la mayor satisfacción para los moradores de esta ciudad era pasear por algunas de sus calles. Muchas de ellas jalonadas con magníficos jardines en terrazas de tres o cuatro alturas, donde los transeúntes se sentían inmersos en un espejismo tan exótico y exuberante como real. Allí podían contemplar plantas procedentes de lejanos rincones y jamás vistas, flores de llamativos colores y frescos aromas, ambientado con el trino de las aves que revoloteaban a uno y otro lado y el refrescante goteo del agua cayendo de un nivel a otro. Pero nada de esto pervive ahora, solo recuerdos, como un sueño de infancia que de vez en cuando refresca la memoria. Aquel pasado no es más que historia para los habitantes de esta ciudad, recuerdos llenos de añoranza y sentimientos cargados de pesares. Ciro, el rey de los persas, acabó

con aquel edén de Babilonia, exigiendo más y más tributos hasta secar la fuente de su riqueza. Los ecos de aquel pasado, aún resuenan hoy en restos de viejas acequias y terrazas que asoman por alguna esquina de la ciudad; pero no son más que rescoldos que el tiempo se empeña en conservar bajo capas de nostalgia. Tras la llegada de los persas y la rendición de Nabucodonosor, la ciudad se vació de buena parte de sus moradores. En ella había gente instruida, artesanos expertos, obreros cualificados. La flor y nata de la creatividad se daba cita en la gran Babilonia para embellecerla y hacerla prosperar. Pero en ella también vivía gente de otras razas, algunos desplazados y otros muchos exiliados. Nabateos, asirios y judíos se habían adaptado a vivir allí y con los años acabaron acostumbrándose al modo de vida de una urbe tan dinámica como acogedora. Cuando la ciudad pasó a manos persas, Ciro les otorgó la libertad. Muchos regresaron a sus tierras de origen llevando consigo los conocimientos y costumbres adquiridos allí, otros se quedaron. Desde el principio, Ciro sintió admiración por la cultura de la ciudad del Éufrates y se mostró respetuoso con las enseñanzas que se impartían en sus academias. El origen de su cultura era tan diverso como antiguo, con raíces tan profundas que le permitían beber de la fuente inagotable del ingenio y la creatividad, al tiempo que ejercía de reclamo para todo Oriente.

Los magos y astrólogos de Babilonia siempre han tenido fama de poseer una gran intuición a la hora de desvelar los oráculos del cielo. No es una afirmación casual ni baldía, sino el fruto de muchos años de experiencia, observación y estudio. En la época de esplendor del imperio babilónico no había ciudad que no contara con un zigurat apuntando a lo más alto del cielo. En su cima, los sacerdotes vigilaban el firmamento para desvelar los designios de los dioses. Cada anochecer, el oferente de turno invocaba a la divinidad y esperaba pacientemente la respuesta a sus rogativas. Sin embargo, las cosas han cambiado mucho desde entonces, y la astrología y la adivinación no están en su mejor momento. Aun así, todavía es posible vivir de la observación del cielo en la Babilonia

nia de hoy, aunque para ello se requieran excelentes dotes, algo de suerte y paciencia de oficio. Es verdad que el número de astrólogos y magos ha disminuido, pero entre la gente de bien perdura la costumbre de buscar consejo de los que pueden darlo por oficio. Cuánto mejor sería si también los que dirigen las naciones obraran así, como cuando Babilonia y Nínive rivalizaban en interpretar las señales del firmamento para los príncipes y reyes. Ahora los soberanos ya no tienen esa obligación, ni libremente la buscan ni sus súbditos la reclaman. Se comportan como dioses nombrados por el mismísimo firmamento, que ignoran las señales del cielo para atinar en los asuntos de la tierra. Los astrólogos han dejado de ser la casta mimada de otros tiempos, pero todavía gozan del prestigio y consideración de un pueblo que busca su consejo, consuelo y orientación.

Gaspar es un joven de Babilonia de diecisiete años, de mediana altura, con barba incipiente de la que resaltan unos largos mechones descolgados de sus patillas y liberados del turbante. Sus ojos grandes, de negro brillante, le confieren una mirada penetrante. Es de un carácter tranquilo, que deja adivinar con su hablar pausado y a la vez dulce. No es de muchas palabras, pero siempre las necesarias, por lo que aparenta ser un joven tan receptivo como reflexivo. Vive en un barrio al sur de Babilonia, donde su familia posee un taller de peletería en el que trabaja desde muy joven, y llama la atención por una habilidad casi innata para el oficio.

«Será un excelente talabartero», suele oír su padre como agradecimiento por un encargo que ha pasado por sus manos y satisface al cliente.

Gaspar lleva algún tiempo insistiendo a su padre en que le permita acudir a una academia de astrología que hay al otro lado de la ciudad. En una ocasión soñó que algún día se ganaría la vida con eso de las estrellas, aunque por ahora no es más que una ilusión que ha depositado en las manos de su padre.

—Podrás ir a Mulmul por las mañanas, por las tardes te quiero aquí, en el taller —le espetó el otro día su padre un tanto desairado

por su insistencia, imaginando que al dejarle probar llegará más pronto la decepción y, quizás después, el olvido.

—Así lo haré, padre, cuente con ello —le contestó Gaspar mientras le besaba la mano como muestra de agradecimiento y respeto.

El padre de Gaspar desearía que su hijo fuera el continuador de la tradición familiar en la talabartería que regentan. Es un negocio que va muy bien, suficiente para cubrir con creces las necesidades económicas de toda la familia. El taller está especializado en la fabricación de monturas para las caballerías. Son de calidad, así parece ser por la fama que tienen, pues para muchos, de este taller salen las mejores monturas. Quizás por ello no le falta trabajo y los encargos se acumulan, pues por su taller pasan clientes acaudalados y hombres de negocios de la ciudad. En realidad, el padre de Gaspar tiene puestos los ojos en él como su relevo natural, a pesar de que su deseo de ser mago trastoque esos planes; sin embargo, confía en reconducir sus propósitos con el tiempo. Quizás sea cuestión de esperar a que el transcurso de unas cuantas lunas haga su trabajo, recapacite y cambie.

—Ya tengo todo hablado con madre y también opina que cuanto antes... mejor. Mañana podríamos ir, el sabio Kidinnu pide que me acompañes para cerciorarse de tu consentimiento —le comentó Gaspar a su padre una mañana mientras ambos se dirigían al taller.

—¡Así que también tengo que acudir yo! —contestó el padre.

—Es lo que ha dicho. ¡Palabra de mago, no mía!

A media mañana, en el taller, mientras Gaspar aleccionaba a un joven operario recién incorporado sobre cómo debía rellenar una pieza de cuero con forma de tubo para una albarda, se le acercó el padre.

—¡Qué bien lo instruyes! Estoy seguro de que llegarías a ser un buen jefe. Tienes carácter y cualidades.

—Padre, yo también quiero probar otras cosas, esto siempre lo tendré a mano. Me gustan las estrellas, sueño con ellas, a veces pienso que me llaman, no solo es cosa mía. ¡Déjame probar a ver!

—¡Está bien! Mañana iremos a Mulmul, Gaspar. A ver si esto comienza a aclararse de una vez —le contestó con aire impulsivo y con el presentimiento de estar perdiendo el tiempo en algo que quizás debía imponerse con aplomo y autoridad.

A la mañana siguiente, padre e hijo caminan hacia el barrio de Mulmul, que significa «lugar de las estrellas». Se trata de un barrio asentado sobre una loma, al norte de la ciudad y en la parte más elevada. En sus casas residen buena parte de los astrólogos y magos de la urbe. A un lado de este barrio, separados por una calle, viven los sacerdotes, tanto del dios Marduk como de otras divinidades de Babilonia. Es un barrio singular, en el que el trabajo nocturno y colaborativo forma parte de la manera de vivir de sus ocupantes. Resulta habitual ver transitar a un sabio cavilando cabizbajo mientras se dirige a la casa de otro para resolver algún enigma, analizar un problema de cálculo o buscar consejo o una segunda opinión sobre un fenómeno observado en el cielo. A pesar de las pequeñas rivalidades entre opiniones e interpretaciones de estos curiosos moradores, impera el sentido común y un buen clima de colaboración, pues, al margen de intereses particulares, es objetivo de todos clarificar los presagios que el cielo muestra.

Hace ya tiempo que el padre de Gaspar no transitaba por este barrio y le llama la atención el gran número de gatos que encuentran mientras caminan por sus enrevesadas calles hacia la parte más alta.

—Mira, Gaspar, ahí van otros tres. Son de otra raza. ¡Desde luego, esta zona debe estar bien limpia de alimañas!

—No es por las alimañas, padre. Si en algún lugar son mimados los gatos, es en este barrio.

—¿Por qué tanta condescendencia hacia ellos? Realmente parece una plaga. Yo me sobresalto cuando alguno se escabulle maullando entre los cueros del taller, como si le arrebatara algo que fuera suyo.

—Gracias a ellos el taller está limpio y tenemos menos desperfectos en las pieles.

—Eso es verdad, pero aquí, en Mulmul... ¿para qué los quieren?

—¡Te recuerdo que la constelación de Júpiter se representa con un gran gato! Son los protegidos del dios Marduk. No hay ningún otro lugar donde los gatos vivan mejor que en este barrio. Hay gente que cree que dar comida a un gato es un gesto que complace a Marduk y que este lo recompensa.

—¡Así está el barrio!

La academia del sabio Kidinnu da a una plazuela. Cuando Gaspar y su padre llegan se encuentran a tres chicos, uno de la edad de Gaspar, que esperan en un banco de piedra sobre la fachada de la casa. Allí aguardarán hasta que el maestro reclame su presencia para comenzar la jornada con su nuevo alumno. Al abrir la puerta, Kidinnu se encuentra con Gaspar y su acompañante.

—¡Ah! Buen día. Usted debe ser el padre de este nuevo aprendiz. ¿No es así? —comenta el sabio mientras se acerca y pone la mano sobre el hombro del muchacho.

—¡Así es! Mi hijo prefiere sus enseñanzas a mis instrucciones. Ya que ha de ser así, espero que le sean más útiles que las mías de ahora en adelante.

—Ha de saber que exigimos dos cosas para ser admitidos en esta academia: los aspirantes han de venir por propia voluntad y contar con el consentimiento paterno. La primera condición ya me consta que así es y, de la segunda, al tenerle aquí, considero que viene a otorgarla. Así que, antes de que su hijo pueda atravesar el umbral de esta puerta... ¿Da usted su consentimiento, como padre, para la instrucción de su hijo en esta academia bajo mi dirección?

—Lo doy —contesta el padre con tono rotundo, como corresponde también con su carácter y compostura.

—Pues bien, desde hoy puedes considerarte admitido —dijo Kidinnu mientras dirige su mirada hacia el muchacho, que permanece al lado del progenitor—. ¡Puedes quedarte hoy mismo ya!

Mientras el maestro da un par de pasos y hace ademán de despedirse, el padre de Gaspar le dice:

—¡Disculpe! Se me olvidaba... ¿Cómo hacemos con los costes de la instrucción? Yo puedo...

—Mire, de momento vamos a esperar hasta la próxima luna —interrumpió Kidinnu—. El muchacho puede acudir durante una semana sin costes. Si muestra interés y tiene aptitudes no será problema, puede pagar en moneda o en especie. Su taller tiene prestigio en monturas y los que vivimos en este barrio necesitamos mirar el cielo desde lejanas latitudes. Puede pagarme con un par de buenas monturas, si lo desea. ¡Siempre que el muchacho quiera continuar, claro!

—Me parece bien. Que mi hijo se encargue de ir preparando con esmero la primera en sus ratos libres —contestó el padre mirando a su hijo y restregando su mano sobre el turbante del muchacho, insinuando con ello la preparación que había logrado con él en ese arte.

Gaspar sonríe en señal de satisfacción por todo aquello. Está feliz, por fin, algo por lo que ha suspirado en silencio y en soledad parece posible esta mañana. Ahora, un nuevo camino se desvela ante sus ojos. Por unos instantes, imagina que al traspasar aquella puerta, esa ilusión que ha ido creciendo en los últimos meses comenzará a ser realidad. Se despide de su progenitor con un abrazo de agradecimiento y cruza el umbral de la puerta con decisión. El padre emprende el camino de regreso. De nuevo los gatos salen a su encuentro, cruzando las callejuelas y maullando con insistencia a su paso, abstraído en sus pensamientos continúa descendiendo por las tortuosas calles de Mulmul.

«¡Estos gatos...! Mejor haríais si os dedicaseis a cazar en lugar de a pedir», se decía para sus adentros sospechando la holgazanería que llevaban por su persistencia en maullar para reclamar algo a su paso.

Kidinnu acompañó a Gaspar a la sala donde trabajaba e impartía la instrucción a sus alumnos. Le mandó tomar asiento y le presentó a los otros tres compañeros que esperaban sentados en un banco del lateral. Después de los saludos, se quedaron en silencio,

a la espera de que el maestro acabara de recomponer su mesa de trabajo. Gaspar aprovechó el momento para echar una escrutadora mirada a toda la sala. La presidía una mesa amplia y robusta, con otra mesa pequeña y funcional al lado; dos bancos alargados y sin respaldo sobre las paredes laterales flanqueaban la estancia. Junto a la ventana, reposando sobre una pequeña columna lisa, el busto de un hombre de frente despejada y escaso cabello, barba rizada y mirada pacífica. En la pared principal, detrás de la mesa de Kidinnu, un gran pergamino muestra el firmamento con sus constelaciones; sobre una línea en curvatura e imitando la trayectoria de la luna, se ven representadas en dirección a poniente las constelaciones de El Felino, El Cangrejo, Los Gemelos y El Carnero. Estas constelaciones resaltan tenuemente en el pergamino por su silueta sombreada, que recoge en su interior los grupos de estrellas que las integran, todas unidas por una fina línea de trazo más grueso para dar forma a la figura que la representa.

—Es una satisfacción recibirlos en esta casa, cuna de magos y fuente del saber que los dioses disponen en lo alto de los cielos para que nosotros los revelemos. Esta es nuestra tarea: facilitar que el lenguaje del cielo siga fluyendo y guíe las vidas de los hombres. Os animo con entusiasmo a esta maravillosa labor. Hubo un tiempo en el que leer e interpretar el firmamento era tarea exclusiva de los sacerdotes para orientar a los soberanos en los grandes asuntos de estado. También la gente del pueblo necesita reafirmar sus vidas conforme al designio de los dioses. Es nuestra tarea, ayudarles a conocer esos designios y encaminar el destino de sus vidas por el mejor devenir.

—Y para lograr eso, ¿sobre qué vamos a trabajar, maestro? —inquirió Naburianus, uno de los muchachos aprendices allí presente.

—A lo largo de este primer año de aprendizaje —prosiguió el maestro—, iremos familiarizándonos con temas que forman parte de vuestra instrucción básica. Sabréis distinguir la estrella de cada divinidad y cómo van variando a lo largo del año, aprenderéis a

descifrar sus mensajes. Conoceréis el zodiaco y su función, me ayudaréis a elaborar calendarios agrícolas, a configurar horóscopos y a diseñar almanaques zodiacales. Os resultarán familiares los presagios, si bien esto ya forma parte del segundo año, pues antes se deben dominar las artes de la predicción celeste, de los movimientos de la luna y el cálculo de las eclipses. Un día de hace cuarenta años, yo también comencé así. Espero que hoy sea recordado como un día muy especial en vuestra vida.

Así, entre proclamas, enseñanzas, consejos y aclaraciones transcurrió la primera jornada de Gaspar y sus nuevos compañeros en la academia de Kidinnu. Con el paso de los días, el muchacho se fue entusiasmando con las enseñanzas de aquel sabio maestro y surgieron lazos de aprecio y simpatía entre ambos. Cuando la instrucción se aplazaba, porque Kidinnu tenía que hacer alguno de sus frecuentes viajes, Gaspar acudía al taller familiar para echar una mano en la fabricación de sillas de montar, cosa que ya hacía con bastante pericia. Gaspar no dejaba pasar ocasión para interesarse por los asuntos del cielo, sin dejar de lado los de la tierra. Después de un tiempo, en algunos aspectos, sus costumbres y rutinas diarias comenzaron a cambiar. Tanto o más que el día, ansiaba la llegada de la noche, durante la que dedicaba largos ratos a la observación desde la azotea de su casa. Gaspar era un observador en crecimiento, lo que le faltaba en experiencia lo compensaba con entusiasmo y tesón. Había hecho un cuaderno de anotaciones con recortes sobrantes de papiro y en él registraba sus particulares observaciones diarias. Anotaba las posiciones de la luna y de algunas estrellas, junto con la fecha de la observación y una referencia fija desde la cúspide del gran zigurat, cuya silueta se dibujaba desde su azotea. Después las volvía a comparar al cabo de un tiempo. Así supo que las explicaciones de Kidinnu sobre las fases de la luna, efectivamente, se repetían puntualmente y con total precisión. Y si bien eso lo conocía todo el mundo, a él le hacía ilusión poder adelantarse a los días que faltaban para que cambiara la luna y saber cuándo alcanzaría su cénit luminoso. Todo lo hacía bajo una

cierta ingenuidad de astrólogo principiante, como si en medio de esa regularidad que reflejaba en sus notas quizás hubiese pasado desapercibido algún pequeño e inapreciable detalle. ¡Cuánto le gustaría poder advertir alguno y ser el primero en comunicárselo a su maestro!

Gaspar siguió acudiendo con asiduidad a la academia en Mulmul. Una mañana, el maestro anunció que dedicaría un tiempo a las claves de la interpretación celeste. Todos eran conscientes de su importancia y se mostraron expectantes ante lo que Kidinnu iba a explicar en esa clase.

—¿Veis esa mesa de ahí? —apuntó con énfasis el maestro haciendo una pausa para que los chicos observaran la mesa con detenimiento—. Es donde yo trabajo. Ahí mismo elaboro los calendarios, los horóscopos y demás trabajos que me encargan mis clientes. Como pueden apreciar, tengo todos los utensilios y materiales que necesito. ¿Verdad?

—Así es —indicó alguno, mientras otros asentían con la cabeza.

—Pues bien, el firmamento —continuó Kidinnu—, es la gran mesa de trabajo de los dioses, en ella colocan, organizan y plasman sus deseos. Cada divinidad tiene su área en el firmamento, una estrella principal la representa y otras secundarias la complementan, configurando cada uno de los signos zodiacales con su forma. Cada signo es administrado por una divinidad y en él refleja sus deseos y voluntades. De igual modo, cada constelación representa un territorio, una nación o incluso un imperio. Lo que cada divinidad quiera manifestar a los humanos se atisba en forma de señales o indicios en la pléyade que le corresponde y representa. Observar cambios en el cielo, aunque sean muy pequeños, es fundamental para intuir las voluntades de los dioses.

—¡Maestro! —reclamó su atención Gaspar aprovechando una pausa.

—Dime, Gaspar.

—¿Y cómo saber si los indicios apuntan a un buen presagio o una buena señal, por ejemplo?

—En muchos casos la diferencia la marcan los detalles, se aprende con la experiencia. Generalmente, aunque no siempre se cumple, si el detalle observado se intensifica y se clarifica de una observación a otra, estamos ante un indicio favorable, un buen presagio. Por el contrario, si disminuye, si tiende a disiparse o a desaparecer... apuntaría a malos augurios. Pero hay que tener más cosas en cuenta para despejar dudas.

—Resulta complicado informar de malos augurios. En mi familia hemos tenido alguna experiencia de este tipo, con consecuencias desagradables para el mago que los dio —comentó uno de los muchachos con tradición familiar de oficio que seguía la explicación del maestro muy absorto.

—Debéis tener siempre en cuenta que el mago dice lo que ve en el cielo. Es el trasmisor de un mensaje que no siempre es posible clarificar en todo su alcance y significado. Nunca es el autor y, por tanto, tampoco será el responsable último del mismo, ni de sus consecuencias. ¡Para eso están los dioses!

—Ya, ¿y si no se cumple o no lo hace en las mismas condiciones anunciadas? —volvió a preguntar aquel discípulo.

—Has de saber que, a veces, los dioses planifican algo bueno a través de pasos intermedios colmados de errores y desdichas. Mi maestro, Cidanes, del que lo aprendí casi todo, solía decir: «Los dioses, con bastante frecuencia, escriben lo recto con letras torcidas». A primera vista, y a corto plazo, el augurio aparenta ser un desatino, incluso un fiasco, pero a la larga no suele ser así. Es entonces cuando se aprecia su verdadero sentido, es como si su cumplimiento necesitara encajar en una serie de errores y ensayos previos fallidos. Es la clave de todo —terminó diciendo y se calló durante unos instantes.

Todos permanecieron en silencio tratando de interiorizar aquellas palabras, que más parecían sacadas de la experiencia de toda una vida que de un viejo manual de papiro.

Uno de los muchachos rompió el silencio preguntando al maestro.

—Maestro, ¿se conoce el número de estrellas que conforman cada constelación? ¿Cuántas hay, por ejemplo, en la constelación del Carnero?

—Interesante cuestión, interesantes cuestión... —no dejaba de repetir el maestro Kidinnu por lo bajo—. A ver, mete el dedo en tu boca y dime cuántas piezas tienes. ¡Haced todos lo mismo, por favor!

Los alumnos comenzaron a repasar con los dedos los dientes frontales, marcando con la uña la separación de cada diente, después pasaron a las muelas haciendo lo mismo.

—Yo creo que tengo veintisiete —se oyó decir a uno de ellos ante la extrañeza de otros.

—A mí me salen treinta —afirmó Neburianus.

—Después de contarlos dos veces, creo que tengo veintinueve —dijo otro.

—¿Y tú, Gaspar, cuántos?

—No sé. Cada vez me sale un número diferente. Treinta y uno, quizás treinta y dos. ¡Por ahí! Uno más, uno menos.

—¿Y cómo pretendéis saber cuántas son las estrellas del firmamento si no sabéis los dientes hay en vuestra boca? —sentenció Kidinnu.

—¡Entiendo! —se oyó por lo bajo aquel alumno que había abierto cuestión tan delicada.

—Podéis marcharos. Por hoy es suficiente, continuaremos mañana a la hora acordada. ¡Ah, repasad vuestra dentadura, quizás alguno de vosotros gane una pieza más esta noche! —les dijo mientras le miraban con sorpresa, pues no era la hora de la salida, pero había que dejar tiempo para que las cosas se fueran asentando en aquellas jóvenes mentes tan receptivas y expectantes.